

MARÍA ROSA MÍSTICA, MADRE DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES Y DE LA CONSAGRACIÓN ESPECIAL

P. Pedro Barraón, lc
Conferencia de la Rosa Mística
Fontanelle 11-12 de octubre de 2025

Entre las diversas promesas que la vidente Pierina Gilli relata en su diario, hay una que recibió el 13 de julio de 1947: *“Prometo a aquellos institutos religiosos o congregaciones que más me honran, que serán protegidos por mí, que tendrán un mayor florecimiento de vocaciones y menos vocaciones traicionadas, menos almas que ofendan al Señor con pecado grave y gran santidad en los ministros de Dios”*¹. Esta promesa, que se hace junto a otras, contiene una de las principales características de las apariciones de la Rosa Mística, que se presenta como Madre de la Iglesia, pero también como Madre de las vocaciones sacerdotales y de las de especial consagración.

En este discurso, quisiera comenzar precisamente con esta promesa, es decir, la necesidad, hoy más que nunca, de invocar al señor de la mies para que envíe obreros a su mies por intercesión de María Rosa Mística, y la importancia de promover esta vocación en la Iglesia hoy.

- 1. Vocación, don y misterio**
- 2. Dios llama**
- 3. La persona llamada: necesidad de apoyo en la fragilidad.**
- 4. Maria Rosa Mística y las vocaciones sacerdotales y consagradas especiales**

1. Vocación, don y misterio

Cuando hablamos de «vocación» o de «vocaciones» en esta conferencia, me referiré específicamente a este tipo de vocaciones, sin menospreciar, sin embargo, la importancia de la vocación bautismal y laical.

La vocación es un don y un misterio. Así definió el Papa Juan Pablo II su propia vocación en su libro autobiográfico "Don y misterio", donde dijo: "¿La historia de mi vocación sacerdotal? Sobre todo, Dios la conoce. En lo más profundo, cada vocación sacerdotal es un gran misterio, un don que supera infinitamente al hombre. Cada sacerdote lo experimenta con claridad a lo largo de su vida. Ante la grandeza de este don, nos sentimos incapaces de alcanzarlo."². La vocación forma parte de la historia del ser humano, pero en sí misma es y tiene una historia. Por ello, Juan Pablo II habla de la «historia de mi vocación». La historia es un fenómeno temporal para el ser humano, pero la particularidad de la vocación sacerdotal reside en su arraigo en la eternidad: *«La palabra del Señor me fue dirigida: “Antes de formarte en el seno materno te conocí, y antes de que nacieras te santifiqué, te di por profeta de las naciones”*» (Jer 1,4-5). Debido a este origen — que podemos llamar eterno por ser divino—, la vocación es difícil de comprender en su totalidad. Por ello, la persona llamada a menudo se sorprende al ser llamada porque no se considera digna, idónea ni preparada para la llamada. Tal es el caso del profeta Jeremías, quien respondió: «Señor Dios, no sé hablar, pues soy un niño» (Jer 1,6). La vocación sorprende porque es Dios quien, por así decirlo, irrumpe en el tiempo de la persona, presentándole un camino, una vía, un plan de vida que no siempre coincide con lo que la persona ya había comenzado o, en todo caso, no está dentro del ámbito inmediato de sus aspiraciones.

Encontramos estas sorpresas de Dios en la Escritura, con llamadas diferentes pero siempre llenas de misterio, porque Dios entra en la vida sin pedir permiso para darle una nueva perspectiva. Así, Moisés, que pastoreaba

el rebaño de su suegro Jetro, sacerdote de Madián, los llevó al Horeb, el monte de Dios, donde el Señor, primero en forma de ángel, se le apareció en una llama de fuego que ardía en medio de una zarza (cf. Éxodo 3,1-2). Maravillado por el fenómeno de un fuego que arde sin consumirse, se acerca para comprender por qué, cuando el Señor lo llama: «¡Moisés, Moisés!» (cf. Éxodo 3,3).

Lo hace dos veces para asegurarse de que sea él, Moisés, quien es llamado, y no otro. El llamado, esta vez Moisés, sin que su nombre sea pronunciado por alguien a quien no conoce, y sin embargo, no le resulta en absoluto desconocido. Hay una mezcla de cercanía y distancia, de ternura y fuerza en el momento de la llamada que lo hace solemne y familiar a la vez.

El Señor irrumpe en la vida de una persona. No lo hace con previo aviso. Él decide cuándo, cómo y dónde. En la llamada, el Señor se revela como Aquel que tiene autoridad sobre la persona, pero es una autoridad amorosa, paternal, familiar y llena de afecto.

La naturaleza misteriosa de la vocación está ligada a su pertenencia al mundo sobrenatural, un mundo al que tenemos acceso por la fe, pero que no podemos comprender solo con la razón, como ocurre con el mundo natural. Es en el mundo sobrenatural donde nos sentimos, por un lado, menos preparados y menos protegidos, y por otro, más seguros, porque lo percibimos como una relación fundamentalmente amorosa con quien nos llama.

Una vocación debe estar ligada a una misión, como en el caso de Moisés, o a una que se revela con el tiempo, como en el caso de los discípulos, los apóstoles y san Pablo. El Señor dice a los primeros apóstoles: «Venid en pos de mí. Os haré pescadores de hombres» (Mt 4,19). Jesús no les da una misión específica, sino una tarea que se lleva a cabo con el tiempo, en la vida cotidiana: «Venid en pos de mí». Seguir a Jesús adondequiera que los lleve será su misión.

La vocación es el misterio de la elección divina: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca» (Juan 15:16). «Y nadie se arroga esta dignidad, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón» (Hebreos 5:4). Es un misterio que la Iglesia guarda con gran respeto; por eso, cada persona llamada es acogida con gran amor para ayudarla en el a veces difícil proceso de discernimiento.

Pero la vocación nace de una elección, no del mérito. No es algo que merezcamos, sino simplemente porque es un don y un misterio, y puede aceptarse o rechazarse, ya que la libertad del ser humano llamado nunca debe ser suprimida. Es, por tanto, un don, pero también la carga de una carga: «la carga del misterio que el sacerdocio conlleva»³.

El don de la vocación debe destacarse ante todo en cada vocación, en el origen de cada vocación, y así lo reconoce la persona a quien Dios dirige la llamada y la propia Iglesia: «La vocación sacerdotal —dice san Juan Pablo II— es un don de la gracia, una llamada gratuita, que procede del amor divino. De hecho, la vida sacerdotal no puede considerarse una simple promoción humana, ni la misión del ministro un simple proyecto personal».⁴

2. Dios llama

El hecho de que Dios llame a una persona plantea muchas preguntas sobre la existencia misma de Dios y su relación con la humanidad. Las vocaciones especiales evidencian esta realidad trascendental y son un signo, en el mundo actual, de la presencia de Dios, de su existencia y de la relación que desea forjar con los seres humanos.

Cada persona llamada es un ser como cualquier otro, con talentos, defectos, cualidades y limitaciones, que ve su vida "invadida" por una presencia misteriosa e inesperada que la lleva más allá de sí misma, catapultándola a un nuevo nivel de existencia. Un ejemplo típico de esto es el llamado de Abraham. El libro del Génesis nos presenta la figura de este hombre, Abram, (אַבְרָם – 'Avrām) su significado en hebreo es "padre exaltado" o "padre superior". Ser exaltado como persona, pero inferior a Dios mismo, ofrece el significado de alguien estimado y respetado por encima de los demás y un punto de referencia para la vida de una sociedad. Se utiliza en el libro de Génesis hasta el capítulo 17:5. Dios cambia su nombre por el de Abraham (אַבְרָהָם – 'Avrāhām), que significa "padre de una multitud", precisamente como señal del pacto. El llamado de Abram es una palabra de Dios a Abram: "El Señor le dijo" (Génesis 12:1). El Señor se dirige a Abram como se había dirigido a los seres que iba creando gradualmente, como nos dice el primer capítulo del libro del Génesis. Dios "dijo", y las diversas obras de la creación fueron creadas. (Gén 1, 3.6.9.11.14.20.24.26). El "dicho" de Dios enfatiza que su palabra es creadora. De igual manera, Dios le dice a Abram: "Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré" (Génesis 12:1). Esta vez, Dios da un mandato a un ser humano que ya existe, con una vida como la de Abram, ya maduro, ya establecido en su región, existiendo, con relaciones sociales. Es un mandato que solo se cumplirá si Abram obedece, si lo acepta. La gran diferencia entre Génesis 1 y Génesis 12 es que el mandato imperativo y creador de Génesis 1 opera de inmediato: Dios habló y las criaturas fueron creadas. En el caso de un ser humano como Abram, el cumplimiento del mandato divino ocurre a través de su libertad. Lo mismo ocurre con toda vocación. Es un mandato de Dios que respeta al ser humano. Un mandato que es una invitación y que respeta absolutamente la libertad. Una invitación-mandato que, sin embargo, debe ir asociada, en el caso de Abram, y en el caso de toda vocación, a una promesa: «Haré de ti una nación grande y te bendeciré, engrandeceré tu nombre y serás bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan; y en ti serán benditas todas las familias de la tierra.» (Gén 12, 2-3).

Esta bendición, que debe acompañar a toda vocación, como en el caso de Abrahán, es importante porque, al igual que en el caso del patriarca, debe acogerse con fe. Abrahán creyó a Dios, quien se la contó como justicia (cf. Gn 15,6). La vocación debe acogerse con fe y confianza, fortalecidas por la promesa de la bendición divina que no abandonará a la persona en el camino de la vida, en esa aventura a la que Dios la invita.

Cuando la Rosa Mística promete abundancia de vocaciones a órdenes o asociaciones sacerdotales, o a una consagración especial que tendrá una devoción especial hacia ella, hacia María, nos recuerda un hecho importante que no debemos olvidar: que Dios sigue llamando a jóvenes o adultos a sí mismo y a la misión eclesial que les asignará. El llamado de Dios es seguro, pero en el Evangelio se nos invita a orar por esta intención: «Rogad al señor de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9,38; Lc 10,2). La oración ayuda a la comunidad y a la persona llamada a acogerla con fe, a estar atenta a lo que el Señor dirá al alma de la persona que será sostenida con gracias especiales para ella y para la comunidad que la apoyará espiritualmente.

María Rosa Mística nos recuerda, por tanto, que el Señor sigue llamando y que estamos invitados a orar por esta intención y por las vocaciones sacerdotales o de especial consagración. De hecho, en el rosario llamado las Tres Rosas, que Santa María Crucificada enseñó palabra por palabra a Pierina Gilli, se encuentran peticiones por las vocaciones en todos los misterios gozosos, y también en dos de ellos. Orar por las

vocaciones es un compromiso eclesial, un compromiso que la Rosa Mística nos recuerda en sus mensajes. Ella es Madre de la Iglesia y, como Madre de la Iglesia, desea ofrecerle la vida de estas personas que el Señor elige para ser "obreros" en su mies, de una manera diferente.

3. Las personas llamadas

Dios llama a los seres humanos, en toda su plenitud, tanto en términos de grandeza como de miseria. La grandeza se refiere a la dignidad de todo ser humano, de toda persona bautizada, a imagen de Dios y llamada a la vida eterna. La miseria se refiere a la condición humana, marcada por el pecado original, la concupiscencia, la fragilidad y la vulnerabilidad, no solo a nivel personal, sino también social y eclesial. Esto exige un enorme realismo antropológico que nunca debe perderse de vista ni por la persona llamada, ni por los formadores, ni por la Iglesia, ni por las instituciones..

La Iglesia siempre ha honrado las vocaciones, tanto sacerdotales como de consagración especial, lo que ha tenido como consecuencia directa la producción de excelentes frutos de santidad, aunque también ha experimentado momentos de gran dificultad, y que, por diferentes razones, el profundo significado de la vocación original se ha perdido en la vida de las instituciones y organizaciones, así como en la vida de las personas. El resultado fue que, además de producir los frutos de santidad y buenas obras, produjo una alteración del ideal de santidad y perfección, causando escándalo en el pueblo de Dios debido a infidelidades, vidas moralmente corruptas o disolutas, y pecados graves de aquellos que fueron culpables por algunos ministros de Dios y personas especialmente consagradas a El.

María Rosa Mística viene a fortalecer las vocaciones con su presencia maternal y una apremiante invitación a la santidad, la fidelidad, el sacrificio y la oración. Es cierto que, como señala Riccardo Caniato, en la época de las primeras apariciones y los mensajes correspondientes, un ambiente como el de los líderes de la curia diocesana podría haber parecido, en esas circunstancias particulares, improbable que fuera «una intervención de la Virgen para denunciar la crisis de la Iglesia y denunciar las traiciones y los malos hábitos entre las personas consagradas de los que, lamentablemente, hemos tenido conocimiento hoy».⁵

La debilidad moral y espiritual de los llamados es resaltada por San Pablo en un famoso pasaje de su carta a los Corintios, donde, hablando de los heraldos del Evangelio, reconoce tener "este tesoro en vasos de barro" (2 Cor 4,7). El tesoro al que se refiere es el ministerio que le confió la misericordia de Dios (1 Cor 4,1) de anunciar a Cristo Jesús. Pero él, consciente de que lleva dentro la lucha entre el espíritu y la carne, el hombre nuevo y el hombre viejo, reconoce que el tesoro del Evangelio —podríamos decir el tesoro de la vocación a vivir y proclamar el Evangelio— se guarda en vasos de barro. Es, por tanto, un tesoro, pero el recipiente es frágil, puede romperse y, por lo tanto, debe ser custodiado con sumo cuidado. Así, las vocaciones, si son bien recibidas con el debido discernimiento, llegan a Aquel que llama, pero la persona que recibe esta llamada y tarea es vulnerable.

La pregunta que podríamos hacernos es: ¿por qué llama Dios a personas frágiles y vulnerables, llenas de heridas? San Pablo da una respuesta: «para que este poder supremo se vea como propio de Dios y no nuestro» (2 Co 4,7). La vocación, de hecho, es un «poder extraordinario». En la expresión griega ἡ ὑπερβολὴ τῆς δυνάμεως, encontramos la excelencia del poder, lo que indica el valor que San Pablo otorga a su ministerio, a la vocación que recibió. Es una «excelencia» en el poder compartido por Cristo. Pues bien, esta excelencia proviene de Dios, no de la persona llamada. Y esta, de hecho, es la

experiencia de toda persona llamada: la experiencia de estar preparada, completamente o no, para la misión que está a punto de emprender y para la vocación que recibe. Esta conciencia debe humillar a la persona, sin llevarla a una falta de confianza ni en sí misma ni en Dios.

Hoy en día, la fragilidad humana debe añadirse a las demás fragilidades que provienen de la familia, la sociedad y el mundo circundante, y que hacen a los llamados más frágiles y vulnerables. Esto no pretende en absoluto eximir de responsabilidad moral a quienes, de diversas maneras, han faltado a las obligaciones morales de su vocación humana, cristiana, religiosa o sacerdotal. Tales declaraciones, por el contrario, pretenden afirmar que se requiere una atención especial al trabajo personal que cada persona debe realizar sobre sí misma y al cuidado que los formadores, superiores o moderadores deben tener para proporcionar una preparación adecuada e integral para que la persona cumpla su vocación y misión.

Quienes viven plenamente su vocación, conscientes y experimentados de su ser de barro, viven siempre una experiencia paradójica que san Pablo describe muy bien en estos términos: «Estamos atribulados, pero no abatidos; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; abatidos, pero no destruidos; llevando siempre en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Co 4,8-10).

Y es en esta situación que la presencia de María Rosa Mística entra plenamente en la vida de la persona llamada. La fragilidad que se experimenta a diario nos llevará a recurrir cada vez más a ella en busca de apoyo en una vocación que exige la constante y humilde aceptación de las propias limitaciones, así como la vigilancia y atención para no caer en la propia fragilidad y pecado, ni en los constantes ataques del enemigo de nuestras almas. María Rosa Mística protege las vocaciones porque les da su propia fuerza y las protege con su intercesión.

. 4. Maria Rosa Mística y las vocaciones sacerdotales y consagradas especiales

Jesucristo desempeña un papel fundamental en la vocación divina, pues es quien llama según el plan del Padre, bajo la acción del Espíritu Santo. La llamada es cristológica y trinitaria, y tiene fuertes aspectos pneumatológicos. Pero también es necesario destacar el papel especial de María en la vocación y en la vida de las vocaciones sacerdotales y de consagración especial.

El primer papel de María se destaca claramente en el pasaje de Canaán. María, presente en la boda de estas personas, probablemente conocida por ella y su Hijo, desempeña un papel de mediación, de intercesión en la primera señal, el milagro realizado por Jesús, según el evangelista Juan (cf. Jn 2,11). María estaba allí. Esta es la primera observación. No tiene un papel específico, pero está allí. En el texto griego, hay una omisión del verbo, que indica únicamente el lugar donde estaba María: ἐκεῖ. María estaba «allí», estaba «allí» donde le correspondía, el lugar que asumirá en la Iglesia, intercediendo como Madre, como Madre de la Iglesia naciente, como la nueva Eva, de hecho, como figura de la Iglesia, cooperando en la regeneración y formación de los hijos con amor de Madre.

Es ella, quien se encuentra en el momento y lugar oportunos en Canaán, quien le dice lacónicamente a Jesús: «No tienen vino» (Jn 2,3). En este momento de celebración, se hace evidente la falta de un elemento de gran importancia para la celebración: el vino. Esta misma falta de vocaciones también la pone de relieve hoy María Rosa Mística, cuando promete, en cambio, realizar el milagro gracias a su intercesión maternal.

Es ella quien repite, como Rosa Mística: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2,5). Aquí también se trata de un «decir» y un «hacer». Es Jesús quien debe pronunciar su palabra, su mandato. Es él quien llama. Los sirvientes son quienes deben «hacer». El milagro lo realiza Jesús con su palabra, pero los sirvientes cooperan con sus acciones gracias a la intercesión de María, quien desempeña un papel innegable en el surgimiento de nuevas vocaciones.

Durante los largos años en Nazaret, María contribuyó a la formación de su Hijo para su misión sacerdotal, fomentando el desarrollo de las cualidades espirituales y humanas adecuadas para su futura misión. El Papa San Juan Pablo II afirmó que «cuando Jesús revela su corazón manso y humilde, abierto a todos, acogedor y benévolo, lleno de compasión por los desdichados, ofrecerá a todos los frutos de un desarrollo en el que María desempeñó un papel destacado, aunque oculto».⁷ Las vocaciones que surgen del corazón de María Rosa Mística también serán especialmente protegidas por su cuidado maternal, no solo en sus inicios, sino también durante el importantísimo período de formación y el misterio posterior. En esta escuela de formación permanente a la que está vinculada la persona llamada, María está llamada a recibir apoyo y estímulo constantes para confiar en el poder oculto del Espíritu Santo, que posee, para comunicar, según su vocación específica, la gracia de Cristo. Llena del Espíritu Santo, desde el primer momento de la Anunciación, María guía a la persona llamada a reconocer y respetar la acción del Espíritu Santo en su propia vida y en la de quienes conviven y trabajan.⁸

Pero cuando María, de manera especial, se revela en la vida de la persona llamada, es precisamente en el momento del sufrimiento, como lo hizo con su Hijo junto a la cruz del Calvario. Allí, Jesús reconoce a su madre y la confía a san Juan, recién nombrado sacerdote y obispo, en la Última Cena. En la Última Cena, María Magdalena, una persona totalmente entregada al amor de Jesús, está junto a ellos. Jesús le pide que tome al discípulo como hijo suyo: «¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!» (Jn 19,26). San Juan Pablo II afirma que «al entregar al discípulo amado a María como hijo suyo, Jesús estableció una maternidad universal en virtud de la cual María tendría como hijos a todos los cristianos, es decir, a todos aquellos que, en Cristo, fueron llamados a recibir la salvación, es decir, a todos los hombres»⁹. La maternidad de María se extiende a todos los cristianos, y esta maternidad se ofrece como el don último y supremo de Jesús en la cruz a toda la humanidad. De este modo, todo hombre, todo cristiano y, especialmente, toda persona llamada a una vocación especial tiene una madre que la guía por el camino de la gracia: María. Esta misión de María se ve enfatizada por la espiritualidad que emana de la Rosa Mística. Al respecto, el Papa Juan Pablo II añade que «María se ha convertido de manera muy especial en la madre del sacerdote. Es ella quien tiene la responsabilidad de supervisar el desarrollo de la vida sacerdotal en la Iglesia»¹⁰. La espiritualidad de la Rosa Mística debe tener entre sus tareas específicas la de fomentar, salvaguardar y proteger las vocaciones, así como la formación y el desarrollo integral de las mismas.

De esta espiritualidad pueden surgir iniciativas concretas para ayudar a los sacerdotes y a las vocaciones consagradas a tener una relación filial con María. Aquí, en este santuario, podrán nutrirse de esta espiritualidad, donde se invitará a los sacerdotes y a las almas consagradas a llevar a María consigo, como lo hizo Juan, acogiéndola en sus hogares y en sus entornos de vida, formación y ministerio. Llevar a María consigo: este fue el privilegio de San Juan. Este es el privilegio de los sacerdotes y de otras vocaciones. Así, aprenderán a creer como María creyó, a esperar como María esperó y a amar como María amó. Así, podrán poner sus planes, dificultades, soledad, angustias, preocupaciones, alegrías, miedos y ansiedades ante su mirada.

Todo lo dicho lleva a una conclusión muy simple, pero que siempre debe recordarse y reforzarse. María Rosa Mística invita al pueblo cristiano a orar por las vocaciones. Es cierto que promete abundantes vocaciones a quienes le son devotos, pero parte de esta devoción consiste en orar por las vocaciones sacerdotales y a la consagración especial.

Una oración para que, como se ha dicho, el Señor, Dueño de la mies, envíe obreros a su mies. Pero también una oración por quienes ya han emprendido este camino y necesitan el continuo apoyo espiritual del pueblo de Dios.

Una oración por las vocaciones que debe ser apoyada por una pastoral vocacional adecuada. El Santuario de la Rosa Mística en Fontanelle debe ser, por tanto, un lugar eminentemente vocacional, donde se ofrezcan oraciones por las vocaciones, donde las vocaciones encuentren refugio, consuelo y apoyo espiritual y humano para proseguir su vocación. Un lugar donde quienes han sido heridos puedan sanar; donde quienes están cansados puedan recuperar las fuerzas, y donde quienes han perdido el entusiasmo puedan redescubrirlo. Un lugar de fe y esperanza, abierto a la caridad y a la misión. Un lugar de misericordia dada y recibida, un lugar donde se abren destellos de Dios en un mundo donde aún existen tantos desiertos espirituales.

Podemos concluir recordando y recitando la oración que se suele recitar en este santuario y que recitan los devotos de la Rosa Mística: «Rosa Mística, Reina de los Apóstoles, haz que florezcan numerosas vocaciones religiosas y sacerdotales en torno a los Altares Eucarísticos para que, con santidad de vida y ardiente celo por las almas, extiendan el Reino de tu Jesús por todo el mundo. ¡Llénanos también de tus favores celestiales!» Amen.